

El fraile y el gobernador

Tengo la certeza de que el padre Santiago engrandece a todo ser humano, con su actitud admirable, se piense como él o no

Emilio de Diego



Real Academia de Doctores de España

No es fácil encontrar un fraile y un gobernador, a estas alturas, en un mismo lugar con pocas horas de diferencia. Aunque solo sea por la relativa escasez de ambos. Hay pocos frailes fuera de sus conventos, sobre todo de algunas órdenes, y los gobernadores son «rara avis», desde que desaparecieron los gobiernos civiles y militares. El clérigo es un fraile benedictino; el seglar es el gobernador del Banco de España. Hace falta algo singular para que esa circunstancia se produzca. Más aún cuando no fue una mera coincidencia física. Ambos vinieron a exponer algo de sus saberes en un foro excepcional: La Granda.

En ese «templo» académico, único en nuestro país, habló el padre Santiago acerca de San Agustín y de San Benito. Fue una lección magnífica de Historia. O lo que es lo mismo de sentido del acontecer en el tiempo. Un tiempo medido entre el origen y el fin de un proceso. Un tiempo corto en otro tiempo largo. El primero con el individuo como centro; el segundo con la humanidad como referente. Pero conjugados uno y otro, con su dimensión específica en cada caso. En síntesis, el recorrido del hombre buscando sentido a su vida en el valor supremo del amor. Con tal objetivo claro y definido, las dudas se reducen, a veces, al camino. El ritmo se acompasa a hacer lo necesario para cumplir el afán de trascender. La Iglesia como institución genera así, obligadamente, una historia de tiempo lento cuya referencia axial es Cristo, en la confianza de cumplir ese sueño.

La conferencia del gobernador del Banco de España fue una brillante descripción, con algunos escauceos explicativos, en torno a la situación y las perspectivas inmediatas de la economía mundial, europea y española. Puso de manifiesto, en ella, como era lógico, algunas de las políticas monetarias que convendría aplicar para corregir los aspectos más preocupantes.

La guerra entre China y Estados Unidos por la hegemonía mundial, con el decreciente protagonismo de la UE; la anomalía que suponen los tipos de interés, incluso negativos, y los riesgos de la deuda pública fueron algunos de los puntos tratados. La conveniencia de una mayor cohesión presupuestaria en el seno de la Unión Europea y las tentaciones neoproteccionistas ante los efectos de la globalización, también aparecieron en la interesante exposición de don Pablo Hernández de Cos. Todo perfecto, aunque tuve la impresión de que algunos puntos importantes de la realidad económica en España apenas se hicieron patentes, y de otros no se habló.

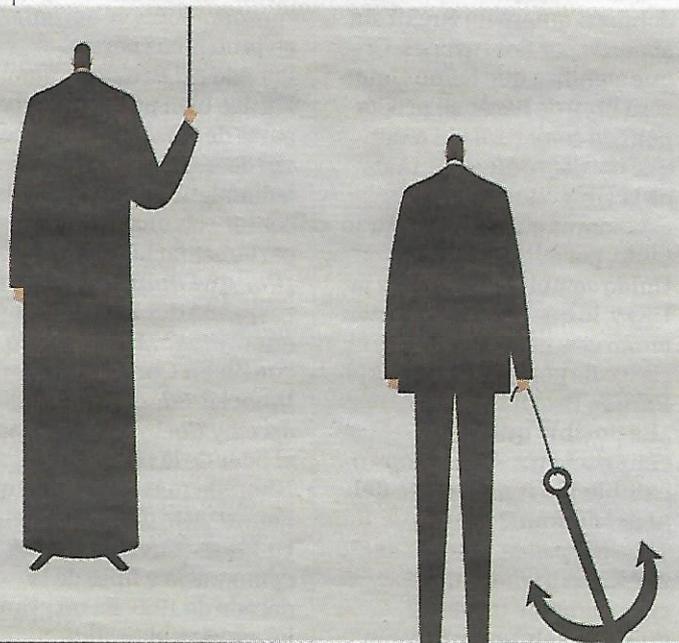
Hubo en ella, sin embargo, dos asuntos que despiertan algún miedo: la elevación, aunque no inmediata, de los tipos de interés y la oportunidad de un crecimiento de la inflación. Ciertamente los economistas formulan propuestas de este tipo teniendo en cuenta los múltiples factores que concurren en las mismas; especialmente para mejorar la situación de las instituciones

financieras. Pero la sensación temerosa de quienes perciben las rentas más bajas es menos favorable a tales evaluaciones, tal vez porque no saben economía; aunque sí se han enterado de que la caída del empleo en agosto ha afectado a 54.371 trabajadores y que la pérdida de asociados a la Seguridad Social fue de 212.984 personas. No parecen signos tranquilizadores. Habrá que buscar soluciones atendiendo a los intereses de todos, pero muy en especial a los de los menos favorecidos.

En todo caso el fraile y el gobernador nos ofrecieron dos momentos extraordinarios para aprender. El primero habló del hombre, el segundo lo hizo del sistema (o modelo) económico. Uno y otro protagonizaron además su discurso. El padre Santiago habló del ser humano y del valor de la confianza, de la fe y de la dignidad. Al escucharle recordé un viejo dicho que mi padre me repitió muchas veces: «A un hombre se le puede quebrar, pero no doblar». Suena bien aunque es difícil mantenerlo. No solo es complicado, también infrecuente. Pero tenía ante mí un ejemplo de que era posible.

El benedictino que allí hablaba ha dado personalmente un testimonio de dignidad insuperable. Ha sido capaz de mantenerse en pie, sin doblegarse, ante el enorme poder de un Gobierno y de todos sus medios. Parece casi imposible que un hombre solo, que apenas tiene un hábito negro y la correa que le ciñe, siga erguido frente a la marea. Pero ahí está, firme en su conciencia. Tengo la certeza de que ese fraile engrandece a todo ser humano, con su actitud admirable, se piense como él o no. Mirándolo bien el padre Santiago, con su valentía serena, recupera para el hombre el papel de sujeto de la propia historia. Y me trae el eco de otra advertencia que hace casi cuarenta años se escuchó en La Granda: «Sin pasión por hacer un pueblo digno, no es posible que España subsista».

El gobernador demostró ser un técnico con gran preparación. Manejó conceptos y cifras con maestría, pero en sus palabras las cifras caminaban por delante de las personas. Al final me hubiera gustado que, como escribía Pessoa, de todo hubieran quedado, al menos tres cosas: del miedo, una escalera (para mirar más allá de un horizonte demasiado incierto); del sueño, un puente (para llegar a ese espacio nuevo); y de la búsqueda... un encuentro. FALTA HACER.



BARRIO



El gobernador demostró ser un técnico con gran preparación. Manejó conceptos y cifras con maestría, pero en sus palabras las cifras caminaban por delante de las personas.